

FILOSOFÍA MEDIEVAL

«Tengo que entender -dices- para creer». «Cree -digo yo- para entender». Responde el profeta: *Si no creéis, no entenderéis*.

¿Pensáis, amadísimos, que dice cosa de poca monta quien afirma: «tengo que entender para creer»? Pues ¿qué trato de hacer sino que crean, no los incrédulos, sino quienes aún tienen poca fe? En efecto, si no creyeran en absoluto, no estarían aquí. La fe los ha traído a escuchar; la fe los hizo presentes a la palabra de Dios, pero es menester regar, nutrir y robustecer esa fe que ha comenzado a germinar. A eso dirijo mi esfuerzo. *Yo -dijo- planté, Apolo regó, pero Dios dio el crecimiento. Así, pues, ni el que planta es algo, ni el que riega, sino Dios que da el crecimiento*. Yo puedo plantar y regar cuando hablo, cuando exhorto, cuando enseño o sugiero, pero no dar el crecimiento. Lo sabía muy bien aquel con quien hablaba el Señor. Su fe comenzaba a germinar, era aún tierna, débil, vacilante en gran parte, si bien no del todo nula, en ayuda de la cual oraba a aquel al que decía: *Creo, Señor*.

SAN AGUSTÍN DE HIPONA, *Sermón XLIII*

Así, pues, ¡oh Señor! , tú que das la inteligencia de la fe, concédeme, en cuanto este conocimiento me puede ser útil, el comprender que tú existes, como lo creemos, y que eres lo que creemos. Creemos que encima de ti no se puede concebir nada por el pensamiento. Se trata, por consiguiente, de saber si tal Ser existe, porque el insensato ha dicho en su corazón: No hay Dios. Pero cuando me oye decir que hay un ser por encima del cual no se puede imaginar nada mayor, este mismo insensato comprende lo que digo; el pensamiento está en su inteligencia, aunque no crea que existe el objeto de este pensamiento. Porque una cosa es tener la idea de un objeto cualquiera y otra creer en su existencia. Porque cuando el pintor piensa de antemano en el cuadro que va a hacer, lo posee ciertamente en su inteligencia, pero sabe que no existe aún. ya que todavía no lo ha ejecutado. Cuando, por el contrario, lo tiene pintado, no solamente lo tiene en el espíritu, pero sabe también que lo ha hecho. El insensato tiene que convenir en que tiene en el espíritu la idea de un ser por encima del cual no se puede imaginar ninguna otra cosa mayor, porque cuando oye enunciar este pensamiento, lo comprende, y todo lo que se comprende está en la inteligencia: y sin duda ninguna este objeto por encima del cual no se puede concebir nada mayor, no existe en la inteligencia solamente, porque, si así fuera, se podría suponer, por lo menos, que existe también en la realidad, nueva condición que haría a un ser mayor que aquel que no tiene existencia más que en el puro y simple pensamiento. Por consiguiente, si este objeto por encima del cual no hay nada mayor estuviese solamente en la inteligencia, sería, sin embargo, tal que habría algo por encima de él,

conclusión que no sería legítima. Existe, por consiguiente, de un modo cierto, un ser por encima del cual no se puede imaginar nada, ni en el pensamiento ni en la realidad.

SAN ANSELMO, *Proslogion*

En efecto, como Dios propuso para el hombre un fin que está sobre la naturaleza humana, a saber, la plena participación de su felicidad es necesario que el que tiende al fin, si lo hace libremente, conozca el fin, para que así sea dirigido en lo que atañe a los medios que a él conducen. Por eso convino que el hombre tuviese conocimiento de algo que supera su capacidad natural: ese conocimiento lo tiene por la gracia de la fe. (...)

Eso fue necesario por cinco razones, como dice Rabí Moisés en la primera parte. En primer lugar, por el alejamiento de esas verdades de los sentidos, cuyos conocimientos son nuestro alimento connatural. (...) En segundo lugar, porque, aunque el entendimiento humano esté naturalmente ordenado para conocer las cosas divinas, no puede, sin embargo, por sí solo pasar a producir sus actos. Y como no todos tienen a su disposición quien les enseñe, por eso Dios proveyó al luz de la fe, que eleve la mente a esas realidades. En tercer lugar, porque para el conocimiento de las cosas divinas por vía racional se exigen muchos prerrequisitos, ya que casi toda la filosofía se ordena al conocimiento de las realidades divinas, las cuales solo unos pocos conocen; por eso fue conveniente el auxilio de la fe, para que todos tuviesen algún conocimiento de ellas. En cuarto lugar, porque algunos son por naturaleza cortos de ingenio, y, sin embargo, necesitan el conocimiento de las realidades divinas para dirigirse en la vida. En quinto lugar, porque los hombres, por estar ocupados en atender a las necesidades de la vida, no tienen tiempo para detenerse a pensar en serio en las realidades divinas.

SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Comentario a las Sentencias de Pedro Lombardo*

[...] La primera y más clara es la que se deduce del movimiento. Pues es cierto, y lo perciben los sentidos, que en este mundo hay movimiento. Y todo lo que se mueve es movido por otro. De hecho, nada se mueve a no ser que en cuanto potencia esté orientado a aquello para lo que se mueve. Por su parte, quien mueve está en acto. Pues mover no es más que pasar de la potencia al acto. La potencia no puede pasar a acto más que por quien está en acto. Ejemplo: el fuego, en acto caliente, hace que la madera, en potencia caliente, pase a caliente en acto. De este modo la mueve y cambia. Pero no es posible que una cosa sea lo mismo simultáneamente en potencia y en acto; sólo

lo puede ser respecto a algo distinto. Ejemplo: Lo que es caliente en acto, no puede ser al mismo tiempo caliente en potencia, pero sí puede ser en potencia frío. Igualmente, es imposible que algo mueva y sea movido al mismo tiempo, o que se mueva a sí mismo. Todo lo que se mueve necesita ser movido por otro. Pero si lo que es movido por otro se mueve, necesita ser movido por otro, y éste por otro. Este proceder no se puede llevar indefinidamente, porque no se llegaría al primero que mueve, y así no habría motor alguno pues los motores intermedios no mueven más que por ser movidos por el primer motor. Ejemplo: Un bastón no mueve nada si no es movido por la mano. Por lo tanto, es necesario llegar a aquel primer motor al que nadie mueve. En éste, todos reconocen a Dios.

SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Suma teológica*

Ya te expuse los métodos establecidos por los *mutacálimes* en pro de la novedad del mundo y te descubrí sus puntos vulnerables. Todo lo que Aristóteles y sus seguidores alegan a favor de la eternidad del mundo no constituye, en mi opinión, una demostración decisiva, sino argumentos sujetos a graves reparos, como después podrás comprobar. Lo que me propongo elucidar respecto respecto a la creación del cosmos, conforme a nuestra Ley, según expuse, no es un imposible, y que todos esos argumentos filosóficos, de los cuales parece deducirse no es como dejamos dicho, presentan algún viso que los invalida y hace inadmisibles para educir pruebas contra nosotros. Ahora bien, evidenciado esto, a mi juicio, y quedando indecisa esta cuestión, a saber, la eternidad del mundo o su creación en el tiempo, acepto la solución dada por la profecía, que explica lo que no alcanza a dilucidar la facultad especulativa, puesto que, como indicaremos, no es una cosa recusable, ni siquiera para quien admite la eternidad del mundo.

Después de exponer la posibilidad de nuestro punto de vista, trataré asimismo, mediante una prueba especulativa, de sobreponerla, quiero decir, hacer prevalecer la teoría de la creación sobre la de la eternidad, poniendo de relieve que, si nos vemos implicados en alguna consecuencia absurda al admitir la creación, mayor es la que se sigue de la supuesta eternidad.

MAIMÓNIDES, *Guía de perplejos*

Que la revelación invite a considerar por la razón los seres existentes y a buscar por ella su conocimiento, es cosa bien manifiesta en más de un versículo del Libro de Dios (¡bendito y ensalzado sea!). Así, por ejemplo, dice: “Considerad vosotros los que tenéis entendimiento.” Este es un texto que prueba la necesidad de emplear el raciocinio intelectual, o el intelectual y positivo de la

revelación a la vez. Asimismo dice en otro lugar: “Y por qué no ponen su atención en los cielos y en la tierra y en lo que Dios creó?” Este también es un texto que exhorta al estudio reflexivo de todos los seres existentes. (...)

Si, pues, consta según esto que la revelación nos impone el estudio y la consideración de los seres por medio de la razón, y si esta consideración no es otra cosa que el acto de deducir de lo conocido lo desconocido, haciéndolo como salir de aquél –y esto es el raciocinio, o cosa que se hace con el raciocinio– resulta que tenemos la obligación de aplicar nuestra especulación a los seres existentes por medio del raciocinio intelectual.

AVERROES, Doctrina decisiva y fundamento de la concordia entre la revelación y la ciencia